

Padres e Hijos

La paternidad y la maternidad son siempre resultado de vínculos pretéritos. El triángulo constituido por padre, madre e hijo siempre resulta de una continuidad necesaria para todos los envueltos en la nueva constelación familiar, donde también hermanos y parientes próximos son, normalmente, uniones de encarnaciones anteriores. Nuestras deudas se hacen, muchas veces, dentro del núcleo familiar y retornamos para corregir los antiguos desamores, en el mismo medio.

Nuestros hijos son espíritus. Son espíritus con los cuales ya tuvimos anteriormente importantes vínculos. Con relación a la naturaleza de estos vínculos, podremos clasificarlos en vínculos de afectos y de discordia. Muchas veces, las dificultades vividas por dos personas generan entre ellas un odio mutuo u otra unión estrechamente unida por las energías deletéreas de sentimientos inferiores. Son vínculos creados por los desamores del pasado.

Una vez establecida el recíproco intercambio de las vibraciones desorganizadoras, se crea una unión magnética que atará mutuamente a los dos individuos. No sólo el amor, sino el odio unen a las personas. Una unión en el sentido de dependencia energética que en algunos casos llega a consecuencias extremas.

Terapia de Olvido.

Espíritus ligados uno al otro, requieren una situación de terapia, que muchas veces sólo encuentra la solución adecuada en la anestesia del pasado, apagándose temporalmente los recuerdos perturbados a través de una nueva encarnación.

Son comunes los “reencuentros” del pasado, en el contexto familiar. Pero la encarnación, en su función educadora, mantendrá a los dos cerca, creando condiciones para que haya un vínculo de amor entre ambos.

Al renacer bajo el mismo techo, en el templo del hogar, por el instituto divino de la reencarnación, anestesiados por la sabia ley del olvido del pasado, caminarán hacia el perdón recíproco, para el mutuo aprecio que, inexorablemente, romperá las cadenas del odio.

Aquel rosado bebé (o color de chocolate según el caso), que ahora el padre o la madre abrazan y acarician emocionados, muchas veces es una víctima del pasado que ahora recibirá la atención y los cuidados que le eran justamente debidos.

Padre y madre se pueden enternecer ante la dulce, suave figura de un bebé. La ley de la reencarnación propició condiciones para que en este instante, víctima y verdugos se abracen, lloren de emoción y pasen a desarrollar una nueva experiencia: la experiencia del amor.

Reencuentros

En determinadas reencarnaciones, padre y madre fueron las víctimas, y el espíritu que ahora desciende a la cuna, el verdugo del pasado. Otras veces, el desentendimiento mayor se hacía entre dos del triángulo familiar, y el tercero se convertía en el elemento de aproximación entre ambos. Las circunstancias son absolutamente peculiares en cada

caso, pero sólo a través del instituto de la reencarnación y el velo del olvido del pasado, podemos comprender la máxima cristiana de amar a los enemigos.

Sin embargo, muchas encarnaciones se hacen otra vez como continuidad de vínculos afectivos pasados. Podemos subdividir las situaciones de uniones afectivas anteriores en dos grupos: los afectos armónicos y los inarmónicos.

Analicemos inicialmente las situaciones de afecto armónico. Espíritus afines, presentando intereses comunes, semejanzas de vibraciones energéticas, auras que se sintonizan suave y fácilmente.

Antiguos parientes, viejos conocidos, de esta u de otras encarnaciones, que retornan a la convivencia a fin de recibir el amparo necesario para ser reconducidos a la tarea mayor de su evolución. Los hogares también reciben, por lo tanto, espíritus afines que ampliaron los ligámenes de la amistad, fortificando las uniones anteriores.

La tercera situación mencionada es aquella en que la elección de los padres es efectuada visando corregir un disturbio en el área afectiva: un afecto inarmónico. Vínculos anteriores, en este caso, fueron establecidos no por el odio sino por un afecto egoístamente creado.

Situaciones donde dos personas mantuvieron uniones, perjudicando a una tercera en su equilibrio emotivo, por ejemplo, situaciones de uniones extraconyugales de larga duración y de aparente estabilidad.

Dos personas que, aunque hayan asumido compromisos con terceros, pasan a convivir sexualmente entre si durante una existencia, perjudican el equilibrio afectivo de sus compañeros programados.

Se crea entre los dos, una interdependencia energética donde ambos recíprocamente se alimentan de las energías sexuales del nuevo compañero. Establecen entres i un vínculo que carece de una reestructuración en nivel de valores espirituales más acordes con la Ley Universal. Veamos como procede la espiritualidad en estos casos:

Renovación

El plano espiritual programa, a través de las entidades encargadas de este sector, una reencarnación donde se deberá cambiar el patrón energético-afectivo establecido entre los dos personajes en cuestión. La solución más frecuente utilizada es la manutención de la unión entre ambos, pero no una unión conyugal. Reencarnan como padre e hija o madre e hijo.

La sabiduría de la ley universal, encuentra en la reencarnación el lenitivo del olvido para la manutención del vínculo afectivo, en moldes no lesivos a los envueltos. En esta nueva existencia la pareja pasará a ejercitar el amor desvinculado del envolvimiento sexual, basado más por las bendiciones del hogar.

En determinadas situaciones, la intensidad de la unión es tan expresiva que los eslabones del pasado aún ejercen una fuerte interferencia en la nueva vida llegando a suplantar al instinto maternal y filial. Surgen entonces, el Complejo de Edipo, donde el hijo nutre por la figura materna la pasión del pasado, aún no anestesiada suficientemente por tan sólo una reencarnación.

El equivalente en el sexo femenino, el Complejo de Electra, cuando la hija aún guarda fuertes reminiscencias de la vida anterior, tiene la misma explicación. Desvíos estos que serán todos sanados, sino en esta vida, en otra próxima, por el trabajo de los equipos de planificación y elección de los padres del espíritu que renace.

Sea cual fuera la situación del histórico kármico de nuestras familias es evidente que la Ley Universal es sabia y siempre está enseñándonos que el amor es el único camino.

Reencarnación y Homosexualidad

Al contrario de lo que muchos puedan imaginar, la posición de la Doctrina Espírita no es de condena al homosexual. Además, la filosofía espírita no posee la característica de condenar cualquier acto o postura. En vez de ello, estudia y comprende el origen de los problemas procurando esclarecer a los individuos y no condenarlos.

Todas las tendencias, vocaciones o inclinaciones psicológicas no son resultantes tan sólo de nuestra vida actual. Nuestra historia es mucho más antigua y compleja de lo que pueda parecer. Si fuera verdad que la gestación es una frase extremadamente importante en la transmisión de energías mentales de la madre hacia el hijo y viceversa, si es real que nuestro psiquismo se consolida a través de las experiencias de las diversas etapas infantiles y juveniles, hay mucho más además de esto.

Traemos en los archivos más profundos del inconsciente una suma de vivencias tanto felices como desagradables. Alegrías, decepciones, momentos de éxtasis o traumas violentos fueron asimilados por nosotros en vidas pasadas. Construimos energías, en nosotros mismos, que podrán permanecer con nosotros durante siglos.

No es posible, según la óptica del conocimiento reencarnacionista, limitarnos a una visión reduccionista relativa a pocas décadas de una existencia, cuando tenemos información de que somos seres humanos que reencarnan desde hace muchos millares de años.

No se trata de dogma de fe o de ciega creencia. Se trata de documentación obtenida a través de relatos de espíritus desencarnados, documentación a través de memoria extracerebral en la cual, personas recuerdan, espontáneamente, vidas pasadas y documentación obtenida por terapias regresivas a vivencias pretéritas. Existen una infinidad de experiencias, de las más diversas órdenes, que comprueba que nuestro psiquismo es el resultado de una larga caminata.

Así que, cualquier peculiaridad comportamental nuestra, sea en la esfera sexual, sea en cualquier otra esfera, necesita ser atendida por la cosmovisión espírita. La homosexualidad, por lo tanto, no será la excepción, pues se trata de una característica bastante expresiva y determinante de importantes repercusiones individuales, familiares y sociales.

Es importante resaltar que la homosexualidad no ocurre, simplemente, por el campo de sexo biológico de una encarnación a otra. Esto quiere decir que, si una mujer necesita renacer como hombre, o viceversa, este hecho por sí sólo jamás determinará cualquier comportamiento en la esfera de la homosexualidad.

Hombre y mujer que están armonizados y en sintonía con su sexualidad, al reencarnar en el sexo opuesto continuarán emitiendo armoniosamente su energía sexual. El chakra genésico que trabaja en equilibrio expresará esta normalidad por el vehículo corporal, conforme su fisiología y anatomía por las cuales se expresa en la nueva existencia física.

La adaptación se hace automáticamente, cuando no hay disturbios anteriores. La espiritualidad siempre nos esclarece que la reencarnación en sexo diferente del anterior, no acarrea disturbios homosexuales, y la propia lógica nos lleva a esta conclusión, pues la ley universal del renacimiento visa armonizar a las criaturas y no generar dificultades y conflictos innecesarios.

Conforme ya comentamos en otros escritos, en nuestro planeta existen tan sólo 2 sexos biológicos: el masculino, proveniente de la unión de un espermatozoide Y con un óvulo, y el femenino, proveniente de la unión de un espermatozoide X también con el óvulo.

A pesar de, en su naturaleza íntima, el espíritu no tiene sexo, las experiencias de las vidas pasadas determinan una nítida polarización energética del espíritu reencarnante, con características masculinas o femeninas.

También es verdad, que el espíritu humano posee en las energías sexuales, uno de los mecanismos de su propio progreso espiritual, incluso porque son adquisiciones seculares, y constantemente renovadas por las nuevas encarnaciones.

Los espíritus en fase evolutiva compatible con el planeta Tierra poseen, normalmente, las fuerzas sexuales inclinadas o hacia la polarización masculina o hacia la polarización femenina. Quien visualiza la respetable figura de Bezerra de Menezes siempre lo ve como una figura masculina, inclusive con barba, etc.... De la misma forma, en las visiones de la falange de María ellos son típicamente femeninos.

En un nivel más periférico, y personal, diría que no hay como confundir la figura de mi padre desencarnado con, por ejemplo, mi tía. Observamos, por lo tanto, que los espíritus masculinos así como los femeninos expresan en sus energías la tendencia sexual que les es natural y de conformidad con sus inclinaciones psíquicas.

Las peculiaridades psico-sexuales de un espíritu determinan, de esta forma, su expresión física o su organización biológica, en lo que se refiere al aspecto de su cuerpo astral. Por lo tanto, el cuerpo espiritual es el reflejo de su mente.

Conforme ya estudiamos, al reencarnar, el espíritu, ligándose al óvulo, transmite sus vibraciones tipificando, automáticamente, su polaridad sexual. A través de esta polaridad sexual transmitida por el cuerpo espiritual al óvulo, ésta atraerá al espermatozoide X (femenino) o Y (masculino) que determinará el sexo biológico de la futura encarnación.

Se concluye, por este motivo, que el sexo biológico será siempre el adecuado a las características psico-sexuales del espíritu.

La homosexualidad es una dificultad de adaptación del espíritu a su condición biológica. En este grupo, incluimos a todos los individuos en desequilibrio sexual con su organismo que buscan ejercer la fisiología sexual con personas del mismo sexo, en incompatible práctica con la naturaleza que elaboró dos sexos opuestos o complementarios.

Se trata de un desajuste, algo a corregir, amparado y tratado con respeto. No siendo perseguido o discriminado, pero tampoco encubierto bajo la falsa interpretación de “una libre opción sexual”. No existe un 3º, 4º u otro sexo. Existen, en nuestro planeta, tan sólo dos y de polaridad opuesta.

La no discriminación del homosexual y el respeto que se debe tener hacia estos hermanos no excluye, sin embargo, que se trata de una dificultad sexual de los mismos. Dificultades o desajustes emocionales (o físicos), acaban siempre en una patología.

Cuando se menciona el término patología hay, inmediatamente, una reacción de determinados grupos, pues la asocian a la discriminación. Volvemos a insistir, el homosexual no está siendo excluido por la doctrina espírita, al contrario, es comprendido y amparado. Lo que constituye una patología es, pues, su inadaptación psíquica a una realidad biológica programada para la existencia actual.

El origen del comportamiento homosexual se debe a un conflicto entre estructuras del consciente, u organización biológica, y las regiones del inconsciente o estructuras espirituales, en desarmonía energética.

Conforme sabemos, cualquier postura mental genera núcleos de vibración en las estructuras del inconsciente. Posturas mentales, reforzadas por actitudes, intensifican esos campos de vibración. De esta forma, se comprende que actitudes de exacerbación sexual con desvíos de conducta, especialmente cuando perjudican a otros individuos, se graban indeleblemente en los campos energéticos de los espíritus.

Al reencarnar, estos desvíos energéticos, o exacerbaciones de la polaridad sexual, determinan conflictos psico-sexuales serios, especialmente, si los espíritus necesitan renacer en sexo opuesto de la reencarnación anterior.

Los conflictos entre el consciente (físico), y el inconsciente (espíritu), pueden tener, también, origen en vivencias de esta existencia actual.

Si fuera verdad que disturbios de las vidas anteriores pueden ser determinantes de desarmonías energéticas en la esfera psico-sexual, el inconsciente también registra innumerables hechos de la existencia presente.

Podemos dividir, didácticamente, el inconsciente en dos partes principales: inconsciente presente e inconsciente pretérito.

En el inconsciente presente, o actual, están archivadas las experiencias de esta encarnación que, por ser recientes, poseen gran influencia en la configuración psicológica de todos nosotros. El inconsciente pretérito constituye una franja mucho más amplia, pero, en ciertos casos, puede tener una extensión menos preponderante que las vivencias más recientes. Cada caso es estrictamente personal, por lo tanto, diferente de un individuo a otro.

Desde el inicio de la gestación, pasando por la infancia y adolescencia, el espíritu vive las más diferentes situaciones en el área de la sexualidad. Así como muchos problemas tienen origen en la vida actual, frecuentemente, situaciones antiguas son recordadas o reforzadas en esta vida por errores de educación, padres violentos, abandono, agresión del medio ambiente, etc., que, conforme las particularidades de cada psiquismo, generan, repulsan la identificación con el sexo opuesto.

La homosexualidad, o inadaptación al sexo biológico es, por lo tanto, resultado de un conflicto entre zonas del inconsciente, (actual y/o pasado) con las estructuras de la zona consciente.

En determinada ocasión, cuando fuimos invitados para dar una conferencia sobre el tema a un grupo de adolescentes, un joven me solicitó una explicación, bajo el punto de vista energético, del porque la homosexualidad no era normal. Me sugirió una idea que en aquella ocasión me pareció adecuada:

- Si usted mira aquel enchufe de la pared, observará que hay dos orificios; ¿por qué?
- Todo el mundo lo sabe, uno para el hilo positivo y otro para el negativo.
- ¿Por qué no pueden ser dos hilos positivos o negativos?
- Porque la corriente, para funcionar, necesita polos opuestos.
- ¿Qué ocurriría si yo pusiera sólo hilos de igual polaridad?
- O usted se lleva un latigazo eléctrico (dijo riendo), o la lámpara no se encenderá.
- Pues eso mismo es lo que acontece con relación a la sexualidad. Es necesario entender que, también, hay comunión de energías entre la pareja. Se establece un circuito fluídico-vibratorio intenso entre los dos.

Un hombre y una mujer permutan cargas magnéticas de polarización complementaria que los realimenta psíquicamente. Una pareja, normalmente adaptada a su fisiología, al amarse y mantener relaciones sexuales intercambian intensamente, ondas de energía que al complementarse absorben otras, por sintonía, de los planos energéticos superiores.

El propio éxtasis sexual es una abertura magnética para la absorción de estas energías que los ampara, en términos de vibración psíquica.

Como que en las uniones homosexuales la polaridad energética no se complementa, hay dificultades en que ocurra el proceso descrito. Es común, en los homosexuales, la insatisfacción íntima o sensación de vacío interior por ausencia de la

complementariedad energética en las relaciones, lo que puede determinar consecuencias más o menos graves.

No pretendemos agotar un tema tan complejo y doloroso. En términos de terapéutica, recomendaríamos que un minucioso acompañamiento psicológico y espiritual fuera hecho a los hermanos con esta dificultad.

Tenemos por ejemplo un homosexual del sexo masculino. En vez de buscar relaciones sexuales en la cual desempeñaría el papel inverso al de su fisiología, deberá drenar estas fuerzas hacia actividades compatibles con esta energía femenina.

Un error común, cometido por muchos padres, es matricular al niño en aulas de boxeo u otro deporte para “machos”. Tal actitud agrava las dificultades del joven que necesita una canalización sana de los instintos opuestos a su morfología.

Se le deben ofrecer actividades que sean afines con su psiquismo. No esconder o reprimir, sino direccional bajo supervisión, hacia el arte, la música, o incluso hacia la ciencia, según el caso.

¿Salvación? No, Gracias.

El hombre primitivo, íntimamente ligado a la naturaleza que lo rodeaba, expresaba de forma espontánea y verdadera su espiritualidad. A través de su instinto sentía la existencia de lo trascendental, sentimiento ese que pulsaba, de forma nítida, en la esencia energética de aquellos seres simples e ignorantes, vacíos de conocimiento, sin embargo llenos de autenticidad.

A medida que la civilización humana empezó a subir nuevos escalones de la escala del progreso, dejando cada vez más de ser instintiva, pasó a reprimir hacia los poros del inconsciente las percepciones innatas y verdaderas.

Dejando hacia atrás la infancia histórica, la humanidad pasó a una fase de la contestación sistemática de la misma forma que el adolescente que recusa a priori los conceptos establecidos. En la búsqueda de respuestas para las innumerables indagaciones que acometen la mente humana, pasa a dudar incluso de sus instintos.

La creencia en lo extrafísico, antes basada en la propia naturalidad de los sentimientos innatos, pasa a ser substituida por la duda y, sobretudo, a exigir participación de lo racional. Con todo, el hombre moderno, esté ligado a la ciencia o a la filosofía, procura cruzar la frontera de lo racional y se integra a los valores percibidos por su propio psiquismo, de forma subjetiva.

El paradigma mecanicista de Newton va dando lugar a la concepción de un universo energético abierto a otras dimensiones. No más la actitud infantil del hombre primitivo que, apenas por vía inconsciente, aceptaba la existencia espiritual, ni tampoco la postura adolescente, del rechazo preconcebido de cualquier referencia a la espiritualidad. Estamos en el amanecer no sólo de un nuevo siglo, sino de un nuevo milenio.

Las perspectivas futuras apuntan hacia una ciencia y una religión sin estancación, dogmas, preconceitos e omnipotentes. El universo pasa a ser observado y sentido, ya no como una materia tridimensional.

La multidimensionalidad de la materia, ya admitida por la física moderna, abre las puertas para la percepción de la existencia del mundo espiritual. La humanidad ya no se satisface con los preceptos rígidos de las religiones dominantes.

El hombre es un ser que indaga y quiere saber, por fin, quien es, de donde viene y hacia donde va. La disociación existente entre ciencia y religión, verdadero abismo creado por los hombres, llevó a los individuos a tener una visión fragmentaria de la vida.

Los consejos religiosos, tan útiles en épocas remotas, hoy están desfasados en relación a la evolución contemporánea. Las orientaciones de los ministros religiosos fueron substituidas por los médicos, psicólogos, pedagogos, etc.,...

Lo que frecuentemente observamos es la deficiencia de respuestas a las ansiedades íntimas del individuo o de la propia sociedad. ¿Qué les falta? ¿Por qué profesionales extremadamente capacitados, serios y estudiosos se sienten limitados para comprender el sufrimiento humano?

¿Por qué personas justas a veces sufren tanto, y concomitantemente, otras, egoístas, que se complacen en el sufrimiento del prójimo, prosperan tanto? ¿Hay quien vive semanas, meses o pocos años, mientras otros viven casi un siglo! ¿Por qué? ¿Por qué para unos la felicidad constante y para otros la miseria y el sufrimiento inevitable?

¿Por qué algunos serían premiados por la casualidad con las más terribles malformaciones congénitas? ¿Por qué ciertas tendencias innatas son tan contrastantes con el medio donde surgen? ¿De donde vienen?

No hay como responder a esas preguntas, conciliando la creencia en una Ley universal justa y sabia, si consideramos una vida para cada criatura. El ateísmo y el materialismo son consecuencias inevitables del rechazo a las creencias tradicionales, surgiendo, naturalmente, por la recusa inteligente a una fe ciega en un ser que preside los hechos de la vida para cada criatura. El ateísmo y el materialismo son consecuencias inevitables del rechazo a las creencias tradicionales, surgiendo, naturalmente, por el rechazo inteligente a una fe ciega en un ser que preside los hechos de la vida sin ningún criterio de sabiduría, amor y justicia.

La cosmovisión espírita, basada en el conocimiento de las leyes sucesivas, donde residen las causas más profundas de nuestros problemas actuales, nos trae respuestas coherentes. El concepto de reencarnación propicia una amplia lente a través de la cual podremos ver la problemática de las vidas.

Las aparentes desigualdades, vividas momentáneamente por las criaturas, tienen justificación en los diferentes grados de evolución en que se encuentran en el momento. Además de eso, se sabe, por las leyes de la reencarnación, que cabe a todas las criaturas un único destino: la felicidad.

La inexorable evolución es hecha por las constantes experiencias y el aprendizaje resultante. Los actos de la criatura ocasionan una secuencia de causas y efectos que determinan las necesidades de la reencarnación a si mismos, en tal medio o situación; nunca existe punición; existe, si, consecuencia lógica. Existe la cosecha obligatoria, resultante de la libre siembra, y siempre nuevas oportunidades de sembrar.

Cada ser lleva hacia la vida espiritual la sementera del pasado, trayéndola inconscientemente consigo al renacer. Si una existencia no fuera suficiente para corregir determinados desvíos, diversas serán necesarias para resolver una determinada tendencia en la larga caminata de la vida.

Nuestros actos del día a día, a su vez, son también nuevos elementos que se juntan a nuestro patrimonio energético, pues los archivos que creamos son siempre en el nivel de campos de energía, influenciando intensamente, atenuando o agravando las desarmonías energéticas establecidas por las vivencias anteriores.

La tela de nuestro destino, por lo tanto, no es determinada exclusivamente por nuestro pasado. El libre albedrío que poseemos teje también los hilos de esa tela a cada momento, en un dinamismo siempre renovado.

La diversidad infinita de las aptitudes, al nivel de las dificultades y de los caracteres, tiene fácil comprensión.

No todos los espíritus que reencarnan tienen la misma edad; millares de años o siglos pueden haber en la diferencia de edad entre dos hombres. Aparte de ello, algunos

suben velozmente los escalones de la escalera del progreso, mientras otros suben lenta y perezosamente.

A todos será dada la oportunidad del progreso por los retornos sucesivos. Necesitamos pasar por las más diversas experiencias, aprendiendo a obedecer para saber mandar, sentir las dificultades en la pobreza para saber usar la riqueza.

Repetir muchas veces para absorber nuevos valores y conocimientos. Desarrollar la paciencia, la disciplina y el desapego a los valores materiales. Son necesarias existencias de estudio, de sacrificios, para crecer en ética y conocimiento.

Regresamos al mismo medio, frecuentemente al mismo núcleo familiar, para reparar nuestros errores con el ejercicio del amor. Dios, por tanto, no pune ni premia; es la propia ley de la armonía que preside el orden de las cosas. Actuar de acuerdo con la naturaleza, en el sentido de la armonía, es preparar nuestra elevación, nuestra felicidad.

No usamos el termino “salvación”, pues históricamente está vinculado a la salvación de la iglesia, una solución que viene de fuera. En realidad aceptamos la evolución, la sabiduría y la felicidad para todas las criaturas.

“Ninguna de las ovejas se perderá”, dijo Jesús. Haciéndonos conocer los efectos de la ley de la responsabilidad, demostrando que nuestros actos recaen sobre nosotros mismos, estaremos permitiendo el desarrollo del orden, de la justicia y de la solidaridad social tan deseada por todos.

¿La Reencarnación Dificulta el Libre Arbitrio del Ser Humano?

Muchas veces, la argumentación que nos es presentada en oposición a la filosofía reencarnacionista se basa en la siguiente conclusión: Si tuviésemos realmente una sola vida, no estaríamos sujetos a un pasado que nos ata a determinadas situaciones.

La vida única nos daría, dentro de las limitaciones circunstanciales, libertad de acción sin vínculos a un pasado remoto. Y, como los reencarnacionistas ven en la vida actual una continuidad de vidas pretéritas, el ser humano perdería la capacidad de trazar su propio camino. Sus vidas anteriores le determinarían el destino.

Al abordar esta cuestión, podríamos buscar subsidios en diversas fuentes, pero optaremos por un autor imprevisto a nuestros respetados preguntadores: Pitágoras. Matemático y filósofo, Pitágoras hace 25 siglos atrás ya nos presentaba un profundo y bello raciocinio filosófico con relación a la cuestión del libre albedrío y del determinismo.

El anunciador del famoso Teorema de Pitágoras, “El cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos”, en un triángulo rectángulo; establece una sorprendente relación entre las variables del Teorema y la concepción reencarnacionista.

El Pitagorismo fue un movimiento religioso, filosófico y científico. Su metafísica enseñaba las vidas sucesivas y la purificación del alma a través del conocimiento; una doctrina esotérica que hablaba de la realidad por detrás del mundo invisible, que es de esencia matemática. Las teorías de este movimiento tuvieron raíces, según se cree, en Egipto y en China.

La doctrina pitagórica consideraba como esencial el papel del número en la naturaleza. Por su matemática sistemática contribuyó a la formación del racionalismo occidental y, por su mística de los números se ligó a la magia y a las filosofías esotéricas.

Conforme Pitágoras había aprendido de los chinos, el destino tenía el logaritmo 5, la voluntad humana el 5, y la providencia divina el logaritmo 3.

Al ser preguntado por uno de sus alumnos sobre el tema del “libre arbitrio y determinismo, en la elaboración del destino”, el eminente y venerable matemático demuestra una capacidad impar de unir sus conocimientos en la ciencia de los números con la filosofía.

Dice a su interlocutor y discípulo, que nuestro libre arbitrio o libertad de trazar nuestro destino, de hecho existe, pero está ligado al determinismo de las leyes naturales. Coloca, como haciendo una analogía con el Teorema del triángulo rectángulo, que el destino será la resultante de la suma (al cuadrado) del libre arbitrio con el determinismo de la naturaleza.

Profundizando todavía más su digresión filosófica, dice Pitágoras ser el libre arbitrio equivalente al lado mayor (cateto mayor) del triángulo, porque su peso sobre nuestro destino es más expresivo que las propias leyes naturales (cateto menor del triángulo), por el hecho de las mismas ser inmutables y perfectas.

Las “Leyes de la Naturaleza” o el determinismo de la providencia divina apenas responden a nuestros actos, los cuales son los mayores responsables de las consecuencias en nuestras vidas.

Tenemos entonces que Libre Arbitrio + Determinismo = Destino. Sin embargo a través de la visión reencarnacionista de la filosofía pitagórica, el famoso matemático fu mucho más allá complementando la ecuación de forma exacta.

Explicó que nuestro destino es desdoblado al cuadrado, o sea, en dos dimensiones. En la dimensión física y en la dimensión espiritual. (Correspondiendo a: $(4 \times 4) + (3 \times 3) = 5 \times 5$). Con ello, quiso decir que nuestro arbitrio el número 4 de la ecuación, al desdoblarse al cuadrado, actuante tanto en la dimensión física como en la dimensión espiritual.

De la misma forma, el determinismo de las leyes naturales, el número 3 de la ecuación, al desdoblarse al cuadrado, actuaría en los planos: físico y extrafísico. Ídem al destino (número 5).

Según el pitagorismo, en el mundo astral cogeremos un destino resultante del factor libre arbitrio integrado al determinismo de las leyes de la naturaleza o providencia divina.

De forma análoga, aquí en el mundo físico el destino que hoy vivimos resultó y resulta aún, fundamentalmente, de nuestra voluntad que surgió libremente sin embargo, interactuando con las mismas leyes.

Continuamos, actualmente en el mundo material, poseyendo libertad de acción. A cada instante, el poder de decisión tiene siempre un peso más expresivo que el determinismo de la providencia divina. Cabe a cada individualidad actuar intensamente utilizando el factor correspondiente al cateto mayor del triángulo rectángulo, para obtener en su destino, una hipotenusa correspondiente al valor esperado.

No somos meras marionetas en manos del pasado. Somos artífices de nuestro propio futuro. La reencarnación es siempre un ejercicio de crecimiento íntimo, un ofrecimiento de nuevas oportunidades. El aspecto determinista de la misma fue siempre resultante de un libre arbitrio previo, en la visión espiritista el “Karma” no es absoluto o estático.

A cada momento es posible redimensionar las situaciones generando, a través de actitudes nobles, condiciones más favorables de vida por intermedio del continuo esfuerzo, o sea, por el Libre Arbitrio, tenemos no sólo la posibilidad sino el deber de interferir en nuestro destino.

¡¡¡Ya lo decía Pitágoras!!!

Dr. Ricardo Di Bernardi

(Instituto de cultura Espírita de Florianópolis)